

Vigésimo Tercer Domingo del TO B2024

Cuando alguien ha sido golpeado repetidamente en su vida por la desgracia, a menudo tiende a desanimarse, a caer en la desesperación y a tomar su miseria como fatalidad. Esta experiencia común que cada uno de nosotros puede hacer es lo que el pueblo de Israel vivió en su vida como nación.

Durante muchos años, varios imperios y reinos extranjeros han dominado a Israel y lo han sometido hasta el punto de reducirlo a la esclavitud. A causa de la sucesión y la repetición de tal adversidad, Israel ha llegado a dudar de sí mismo como pueblo elegido. Se preguntaban si las promesas de Dios hechas a sus antepasados seguirían siendo válidas. Llegaron a considerarse como una nación muerta, un lugar desierto y una tierra árida.

Fue en ese momento cuando Dios les envió al profeta Isaías para sacarles de la desesperación, para devolverles el coraje, para asegurarles su fidelidad y prometerles la victoria sobre sus enemigos. Pero lo interesante es que mientras Israel se enfrentaba a una situación política, que exigía una solución política, el profeta añade una dimensión espiritual e incluso cósmica a su espera. Como dice Isaías, los ciegos verán, los sordos oirán, los mudos hablarán, la arena se convertirá en piscina y el desierto en agua corriente.

Por tanto, no es sólo un pueblo el que busca ser liberado, no son sólo los hombres y mujeres los que anhelan ser salvados de su situación de enfermedad y de miseria, sino toda la tierra anhela la liberación. Como dice san Pablo en Romanos 8,20: «La creación misma será liberada un día de la esclavitud de la corrupción y participará de la gloriosa libertad de los hijos de Dios».

A corto plazo, esta profecía de Isaías no se cumplió completamente. Por eso, en Israel había una larga espera de los signos de los tiempos mesiánicos. La tradición profética, en particular, siempre ha anunciado que cuando venga el Mesías se harán realidad todas las promesas de Dios a su pueblo. Es lo que sucede con Jesús, como hemos escuchado en el Evangelio: él cumple las promesas anunciadas por los profetas. El Evangelio de hoy, en particular, presenta al Señor como el Mesías del que hablaron los profetas. Así, curó al sordomudo. Si prohíbe hablar de la curación es, en primer lugar, para que no se confundan las expectativas políticas con la misión espiritual que ha recibido de su Padre. Él es el Mesías, pero no en el sentido político de alguien que viene a liberar a su país de la opresión política. Su misión principal es liberar a toda la humanidad de la esclavitud del pecado y de la perdición.

En el Evangelio de hoy, el Señor asegura esta liberación con el poder de su palabra y con el gesto de tocar y poner los dedos en los oídos del enfermo. Así, al curar al sordomudo, el Señor le da la posibilidad de escuchar su palabra y de responder a ella mediante un acto de fe. También le ofrece la posibilidad de entrar en diálogo con los demás.

La curación del sordomudo representa una victoria sobre la incapacidad humana de escucharse y de dialogar entre sí. Podemos dialogar sólo cuando nos escuchamos unos a otros. Sin no escucharnos los unos a los otros, no hay posibilidad de diálogo.

No debemos olvidar, sin embargo, que el sordomudo fue curado porque la gente lo llevó a nuestro Señor. Esto significa que el hombre tenía buenos amigos que se preocuparon lo suficiente como para llevarlo a nuestro Señor. Esos amigos tenían la

fe suficiente para creer que si nuestro Señor simplemente le impusiera las manos, lo sanaría. Sabían que no podían hacer nada por él. Su verdadero poder residía en su fe, una fe que movió a nuestro Señor a soltarle la lengua.

Todo esto muestra la importancia de la comunidad y de la amistad. Porque, cuando la comunidad tomó la iniciativa de hacer algo por el hermano necesitado, el sordo fue sanado. Su vida fue transformada, su audición fue restaurada y su habla volvió a la normalidad. A veces, nos sentimos impotentes para ayudar a los amigos que están atrapados en sí mismos con tensiones, depresiones y dolor interior. Pero no debemos olvidar que, como comunidad y amigos, es nuestro deber llevarlos a nuestro Señor en nuestras oraciones.

En otras palabras, si nuestro Señor sana, consuela y saca de la soledad, hoy somos nosotros, sus discípulos, quienes tenemos que continuar la obra que él inició. Tal afirmación tiene consecuencias para la comprensión de la comunidad cristiana. Significa que la comunidad cristiana es un lugar donde los hermanos y hermanas deben cuidarse unos a otros, especialmente cuando se trata de los enfermos, los confinados en casa y las personas solas.

También significa que cada miembro de nuestra comunidad debe sentirse como en casa y recibir un trato y una consideración iguales. Como dice Santiago en la segunda lectura, una comunidad cristiana que discrimina comete un error muy grave, porque ha sido constituida como signo de esperanza para los pobres y marginados. Los pobres en la Biblia no son sólo los que no tienen dinero, sino también los que tienen poco en la vida, es decir, los enfermos, los menos instruidos, los de carácter difícil, etc. Todas estas personas a las que nos asusta acercarnos deben tener un lugar privilegiado dentro de nuestra comunidad y gozar de una atención aún mayor que los demás. Como discípulos de Cristo, estamos llamados a mostrar que las normas que utilizamos para juzgar a las personas son completamente opuestas a las que se aplican en la sociedad y en el mundo.

Aquí, nos enfrentamos a algunos desafíos: ¿Cómo podemos hacer sentir a los pobres y marginados que la Iglesia es su casa? Mientras nos reunimos para la celebración de la Eucaristía y la escucha de la palabra de nuestro Señor, ¿qué signos concretos podemos realizar para mostrar que todos somos hermanos y hermanas?

Durante esta celebración, pidamos a Dios que nos ayude a comprender la importancia de la comunidad. Llevemos al Señor a todos nuestros amigos que tienen problemas de todo tipo en sus vidas para que les traiga alivio y sanación. Llevémosle también nuestros propios problemas, sorderas espirituales y enfermedades. Entremos en diálogo unos con otros para consolidar nuestra hermandad. ¡Que Dios los bendiga a todos en Nuestro Señor Jesucristo! Amén.

Isaías 35: 4-7a; Santiago 2: 1-5; Marcos 7: 31-37



Fecha de la Homilía: el 08 de Septiembre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240908homilia.pdf